

# ELOGIO FÚNEBRE

DEL EXCMO. SR. D. VENTURA DE LA VEGA

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LEÍDO EN LA JUNTA DEL JUEVES 23 DE FEBRERO DE 1866

POR EL GENERAL PEZUELA, CONDE DE CHESTE

EDICIÓN AUTORIZADA

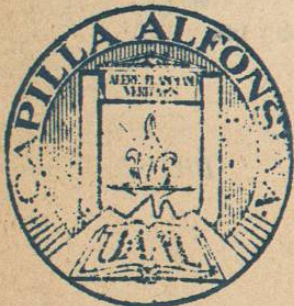
Cumpliendo con el deber, honroso y grato para mí, de escribir el elogio fúnebre de nuestro difunto compañero el Sr. D. Ventura de la Vega, os lo presento ahora; si bien desnudo de las galas de imaginación y estilo con que le hubiera enriquecido cualquiera otro de los sabios varones entre quienes tengo la honra de sentarme, con merecimiento escaso en la república de las letras, revestido tal vez del curioso y puntual recuerdo de varios accidentes de la existencia del caro amigo con quien pasé mi infancia y las floridas horas de la primera juventud. Esto sin duda tuvo presente la Academia para confiarme la comisión que hoy desempeño. Pero si tal circunstancia facilita por una parte mi trabajo, no deja de ofrecer por otra el grave inconveniente de que yo vea la figura que retratar me propongo, acrecida por el cristal de mi cariño y con los colores de mi entusiasmo apasionado. Trataré de describirla, sin embargo, con imparcial criterio; y en cumplimiento de nuestros estatutos, voy á hacerlos, no el juicio crítico de las obras del literato insigne, sino la necrología del malogrado académico; y digo malogrado, porque la muerte nos le quita, á los umbrales de fresca ancianidad, cuando su imaginación, todavía vigorosa, dirigida por el saber y la experiencia, prometía aún sazonados frutos que hubieran enriquecido el no muy copioso caudal de nuestros buenos libros contemporáneos, contribuyendo á la gloria de las bellas letras en nuestros feos, días de materialismo, ciñendo al propio tiempo con nuevas coronas aquella frente que todos recordamos, y en que parece como que hervían los gérmenes del ingenio, de la imaginación y del talento. ¡Triste recuerdo para nosotros, que, ya ancianos casi todos, hemos perdido en brevísimo tiempo á cinco de nuestros más ilustres compañeros! ¡Ay! El más duro de los males de la vejez desapiadada es ver cómo se van borrando uno tras otro del libro de la vida los nombres de los seres amados con quienes hicimos las primeras alegres jornadas del viaje por el mundo, y encontrarlos poco á poco solos, hasta no tener más compañía que nuestros achaques, ni más halago que nuestros melancólicos recuerdos. Perdonadme este desahogo del dolor que me causan dos heridas por las que aún vierte sangre el corazón: la que todos

PA6574

.V3

v.1

1894-95



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

010301

estáis sintiendo todavía, y la que yo añado á ella con la pérdida de un hermano querido, que también compartió con el amigo de que voy á hablaros los dulces juegos de la niñez y el punzador cuidado de las aulas.

Nació D. Buena Ventura de la Vega en Buenos Aires, capital del entonces virreinato español, el día 14 de julio de 1807. Fueron sus padres D. Diego de la Vega y doña María de los Dolores Cárdenas. El primero fué destinado desde España á aquella ciudad con el empleo de contador mayor, decano del Tribunal de cuentas y visitador de Real Hacienda, y la segunda había nacido en ella, de una familia noble, establecida allí hacía largo tiempo. Esta señora, que hoy octogenaria vive todavía en su patria, y que ha sido dotada por el cielo de imaginación veheméntísima y de carácter activo y varonil, perdió á su esposo á los cinco años de nacido su primogénito, y seis después tuvo valor para separarse de éste; y celosa de su educación, y esperanzada con la herencia de bienes en España que un amigo de la familia había prometido al pequeño Ventura una sola vez, acariciándole delante de la entusiasta madre, le mandó á la Península en compañía de un sacerdote su conocido, que se embarcó con el navegante de once años el día 1.º de julio de 1818, no sin haber hecho éste una resistencia que en su tierna edad revelaba ya las dotes de que en adelante había de dar tan singulares muestras en las asambleas, academias y teatros.

Llevado el rapaz el día anterior, á la fuerza y en hombros de un esclavo, al atravesar la plaza Real, alzó su vozecilla y en son declamatorio y con acento expresivo gritó, extendiendo sus bracitos por encima de las negras espaldas de su opresor membrudo: *¿Qué, no me defendéis? ¿No estáis viendo que con pretexto de educarme me van á llevar á la patria de los tiranos godos? ¡Favor! ¡Favor! ¡Salvad á un ciudadano indefenso!* Y tal efecto produjo entre los circunstantes lo sentido de sus palabras de hombre, que acompañó bien pronto con los sollozos y lágrimas de niño, que fué detenido, y hubo de intervenir la autoridad, y ser indispensable que al otro día prestara su asentimiento para el largo viaje el orador insigne, amansado con golosinas, juguetes y promesas de acompañarle de la pobre madre, que ni había de cumplirlas nunca, ni de estrechar más contra su pecho al hijo de sus entrañas, que dió á luz en días de tribulación, fugitiva de su propia casa, oculta en la choza de una humilde campesina, uniendo en pobre lecho á la congoja y los sustos de su estado los que producía en las calles de la ciudad el temeroso ruido de la revolución y de las armas.

Desembarcó Vega en Gibraltar á los dos meses y medio de navegación, y pasó á Madrid al cuidado de su tío D. Fermín del Río y Vega, mayor de la secretaría de Hacienda, quien le recibió con paternal cariño y dispuso que empezara su educación, asistiendo á la clase de rudimentos de latinidad en los Estudios imperiales de San Isidro, á cargo de los jesuitas. Más tarde, en el año de 1821, le trasladó en clase de alumno interno al colegio establecido en la calle de San Mateo por don Juan-Manuel Calleja; el cual empezaba ya á gozar de la fama, después grande y merecida, á que le elevaron profesores tan sabios como Cabezas y Lista y Hermosilla. Vivero fecundo de tiernas plantas que habían de ser un día frondosísimos árboles, de allí surgieron á ser útiles y fructíferos á su patria magistrados, poetas, militares, literatos, jurisperitos y repúblicos, como los Pardo, Alonso, Espronceda, Molíns, Ochoa, Roncali, Seoane, Montalván, los Benítez, Mazarredos y Nandínes. Desde luego, y á la par de los mejores, empezó á sobresalir nuestro D. Ventura, si no por su aplicación, por su memoria prodigiosa y por las raras dotes de su penetrante y retentivo talento, que le permitían empaparse en los secretos del libro

con desflorar apenas la superficie de las hojas, proporcionándole á poca costa en los públicos exámenes lucimiento y aplauso la gracia de su acento y ademán, y la fácil soltura de su palabra; contribuyendo á conquistarle la afición y simpatía de cuantos le escuchaban lo menudo de su pequeño cuerpo, que aun edad más temprana de la que tenía figuraba. Ni se distinguía menos por los diabólicos juegos y las atrevidas invenciones, que eran la delicia de sus malignos camaradas de sala, todos de menos años que los catorce suyos, y la desesperación del celador que los cuidaba. Unas veces dibujaba por las paredes con carbón la cabeza orejona de un sátiro ó de un burro sobre un cuerpo flaquísimo, que figuraba el del sucio y viejo Muñoz que había cambiado sus honrosas divisas de cabo primero por las funciones de pedagogo de los colegiales más pequeños. Otras convocaba á la canalla chillona y descreída, y en medio de gran círculo, subido en una silla, recitaba un romance que él y Espronceda compusieron, llamándose *dos ingenios de la Corte*, y que empezaba:

Voy á daros una idea,  
Aunque bastante concisa,  
De un hombre á quien por oler  
Le huele hasta la camisa.

Aun ahora mismo, como si fuera ayer, me parece que le estoy viendo preparándose á unos trabajos de voladura, llevando por aprendiz á mi querido hermano menor que aún no tenía once años. En el fondo de un vasto patio donde jugábamos en las horas de recreo, había en el ángulo de la izquierda un sobrado sin puertas, que había sido cochera, donde ya viejo reposaba de sus fatigas un bombé contemporáneo de la juventud de nuestro Director. El nuevo Pedro Navarro y su novísimo ayudante estaban de rodillas debajo de la caja del que fué vehículo; y mientras el uno hacía un montoncito, derramando unos cartuchos de pólvora que había llevado de su casa y escondió desde el domingo anterior, soplabá el otro una ascua, dilatando los mofletes y sacando llama que enrojecía fantásticamente el picaresco rostro de los dos diablillos. Por fortuna para su belleza futura, los sorprendió oportunamente el protagonista del romance de *los dos ingenios de la Corte*, y los llevó al calabozo á continuar allí sus estudios pirotécnicos.

Cultivaba entretanto otros de más provecho; y al paso que se resistía á su juvenil imaginación verdeante y jugosa el monótono y seco demostrar de las ciencias matemáticas, hacía prodigiosos adelantos en las humanidades y en la historia, y en las clases de adorno, especialmente en la de recitar trozos escogidos de nuestros mejores hablistas en prosa y verso; porque, como ya hemos dicho, tuvo desde muy pequeño ciega voluntad por la declamación, la cual le dominó después constantemente hasta sus últimos días, y contribuyó acaso á acortárselos más de lo que á las letras y á sus amigos convenía; y no era extraño, porque todos amamos aquello en que nos distinguimos, y tenía Vega para sobresalir en aquel arte calidades muy superiores. Su cuerpo, aunque pequeño, era proporcionado, suelto y elegante; ancha su frente, coronada de un hermoso cabello negro, liso y brillante; y su fisonomía elástica y movable, y la expresión y viveza de sus grandes ojos, y el sonido profundo, extenso, vibrante y armonioso de su voz, que manejaba como el rostro á su capricho, hacían la delicia de cuantos le veían y escuchaban, agregándose á todo un talento de imitación tan singular, que remedaba fácilmente el tono y las acciones, lo mismo del viejo que del mancebo, de la modesta señorita que del atrevido chicuelo, del

Pelayo de Quintana que del cocinero de Gorostiza; distinguiéndose sobre todo en el arte de tomar aliento y repartirlo en la duración de los períodos; con que en su boca no era nunca penoso al espectador seguir la expresión de las ideas, ni el desborde de las pasiones, con arte suma, si bien con natural efecto presentadas. Yo de mí sé decir que no he visto á nadie leer como él leía, aun en los momentos, pocos en verdad, en que por pagar tributo á la costumbre daba entonación sobrada á los versos líricos que en nuestros salones se declaman con esa monótona y lacrimosa canturía que obscurece los pensamientos si los hay, y á prestarlos no basta la verdadera armonía, producto sólo de la propia y feliz combinación de las palabras.

Pero el colegio de San Mateo sobrevivió pocos años, con gran dificultad y suprimiendo cátedras importantes, á la caída en España del gobierno constitucional. Desde su decadencia se dispersaron los distinguidos jóvenes que en él recogieron las semillas primeras de las ciencias. Vega continuó cultivándolas bajo la dirección de D. Alberto Lista, en casa de este sapientísimo sacerdote, que desdeñado por el gobierno del triste Calomarde, daba entonces lecciones particulares de historia y literatura. A ellas asistían algunos de nuestros antiguos condiscípulos; y éstos, con otros nuevos, como Segovia, Escosura, Amador, Ortiz y los Usozes, y con otros que, sin necesitar ya de las escuelas, como Bretón, Larra y Mesonero, por identidad de gustos y de estudios se nos agregaban, compusieron aquella pléyade luciente que, en los años que transcurrieron desde el 24 en adelante, empezó á brillar en el cielo que, como dice uno de los más grandes ingenios de España y del mundo, por hallarse bajo el cenit de la Lira goza el privilegio de tener por hijos á tantos y tan famosísimos poetas.

De entonces data la Academia del Mirto que ellos fundaron, y que Lista presidía y encaminaba con sus sabios consejos. A ellos debe nuestro Vega el gusto exquisito que siempre campea en todas sus obras: gusto difícil de formar en aquellos más difíciles tiempos de transición y de mudanza para la literatura de toda Europa. Sin ellos, quién sabe si nuestro futuro autor de *El hombre de mundo* no habría extraviado su talento, despeñándolo como otros muchos por los más cavernosos precipicios del ridículo romanticismo. De entonces también datan aquella asidua asistencia al café de Venecia primero, y al del Príncipe después, que de nosotros tomó el nombre gráfico de *El Parnasillo*, y aquellas reuniones de casa del entusiasta arquitecto D. Francisco Mariategui, y del bondadoso caballero del rey D. Quirico de Aristizábal, en donde empezaron á desarrollarse nuestros afectos de hombres y nuestras inclinaciones respectivas. ¡Dichosos días en que mezclábamos con las más serias ocupaciones el amor, la alegría y las locuras de los pocos años, y nos ocupábamos en representar comedias, en inventar charadas y en componer versos, generalmente malos, y en hacer cabalgatas á Hortaleza con detrimento de las asentaderas de Bretón y de Alonso, no muy fuertes en el arte de andar á la jinete, y no nos apurábamos por la suerte de nuestra patria, ni por los políticos asuntos, por más que los más atrevidos y mayores de entre nosotros, que poco pasarían de las veinte navidades, creyeran entonces y crean todavía que, al fundar, como lo hicieron, una sociedad secreta llamada *Los Numantinos*, iban á regenerar con ella la patria de Lanuza.

Era Vega uno de los asistentes á esas tenebrias reuniones á estilo masónico, que unas veces se verificaban en una imprenta, otras en una botica de la calle de Hortaleza, y otras en una cueva del Retiro, adonde recuerdo que quiso llevarme una tarde nuestro Aristogitón de diez y ocho años, manifestándome, con la risa

de su natural gracejo, que su propósito sencillo y hacedero se reducía simplemente á matar al tirano, que era en aquella sazón el rey Fernando VII, y á constituirse en república á la griega. Yo no sé de los demás, pero juzgo para mí que nuestro Ventura, que por otra parte no fué nunca aficionado á la política, jugaba en esta ocasión á las sociedades secretas; que por aquel tiempo nada nos cuidábamos del mejor ó peor sistema de gobierno; reíamos con las chanzas festivas é ingeniosas de Bretón y con la discreta locuacidad de Escosura; nos asustaban las atrevidas calaveradas del buscarruidos de Espronceda; nos burlábamos de los detestables versos que hacía entonces Larra, que acababa de venir de educarse en Francia, y dejábamos que D. Tadeo Ignacio Gil, corregidor de inartística memoria, dictase suntuarias leyes sobre lo que Vega llamó después sus únicos bienes raíces, que entonces no le asomaban por cierto al bello labio. Juego fué sin embargo el de la sociedad de los Numantinos que llevó á la cárcel algunos de sus individuos y mantuvo á nuestro D. Ventura recluso por tres meses en el convento de Trinitarios calzados, que hoy es Ministerio de Fomento, después de haberle tenido arrestado otros tantos en las prisiones de la Superintendencia de Policía. Por fortuna, el guardián bajo cuya vigilancia fué puesto era un santo varón de condición tan benigna y tan inocentemente sabio, cuanto Vega sagaz, observador y de dúctil y dulcísimo carácter. Asistía el recluso con la mayor devoción á todos los actos de la comunidad; componía versos de asuntos sagrados; cantaba ó desentonaba en el coro con los frailes Vísperas y Maitines, y jugaba en la huerta por la tarde con los más jóvenes, ó hacía la tertulia á los más ancianos por la noche en la celda del padre González, recitándoles poesías ó entreteniéndoles con los recursos de su inagotable imaginación. Conducíase en fin con tal habilidad, que en aquellos noventa días de clausura se ganó desde los primeros de tal modo la voluntad de todos, que no sólo fué tratado á cuerpo de rey, sino que, cumplido el plazo de su feliz condena, no había forma de que el alegre y contagioso cenobita quisiera mudar de domicilio, ni que los frailes pudieran separarse del que tan sabrosamente les había suavizado las asperezas de su monástica disciplina.

Siempre quedó amigo nuestro trinitario interino de aquellos buenos sacerdotes; y ellos, en particular el padre González, lo fué verdadero en adelante para su huésped querido. Más de un mes vivió éste todavía espontáneamente en la santa casa á que le llevaron por fuerza. La tortuga, el salmón, los apetitosos bocados en fin, únicos acaso de esa clase que en aquel refectorio se comían, y las conservas y el rico soconusco que á los padres maestros regalaban, eran siempre para el mimado Benjamín, al cual fuera de allí aguardaban inquietudes y privaciones; porque en aquella sazón sus recursos eran muy escasos y no bastaban á lo más indispensable de sus necesidades, por pocas que éstas eran.

Su tío hacía ya dos años que no existía: el indiano que en Buenos Aires había prometido hacerle su heredero había muerto sin hacer testamento: Vega, en fin, no contaba más que con una hermana de su madre llamada doña Carmen Cárdenas, que vivía en Madrid con la viudedad que le había dejado su difunto esposo, el teniente coronel D. José Maestre. A su compañía volvió nuestro amigo; y por entonces ó muy poco después recibió una tiernísima carta de su madre, en la que le suplicaba encarecidamente volviera á sus brazos á consolarla de los disgustos que su otro hijo D. Diego la daba, y en la que le enviaba para hacer el viaje una libranza de cuatrocientos fuertes. Pero Ventura estaba en ese tiempo enamorado de una hija del célebre médico Rives, hermosa, de mucho talento y que cantaba como una sirena; y lo fué en efecto tanto para el poeta, que el pobre

cumplió puntualmente lo que su alma apasionada exhaló entonces en este lindo soneto:

«Cruza sin mí los espumosos mares;  
Saluda, ¡oh nave!, de mi patria el muro,  
Y déjame vagar triste y obscuro  
Por la orilla del lento Manzanares.

Si osa turbar la paz de tus hogares  
De soberbio extranjero el soplo impuro,  
Otro defiende con el hierro duro  
Su libertad y mis nativos lares.»

Esto decía yo cuando las olas  
Sulcó la nave en que partir debía,  
Y abandonó las costas españolas.

Ella al impulso plácido del aura  
Voló á la orilla de la patria mía...  
Y yo á los brazos me volví de Laura.

Y triste, aunque no obscuro, se quedó en efecto bogando por la orilla del lento Manzanares, y gastó en poco tiempo los ocho mil reales que habrían sido el último crepúsculo de la fortuna de su pobre madre. Y por cierto que me vienen ahora á la memoria recuerdos tan peregrinos de ese período de la vida del joven, que no resisto á la tentación de contarlos, por más que de sobra triviales parecieren. De las veinticinco onzas de la letra, doce fueron para doña Carmen: de las otras trece sacó para proveerse de las cosas de vestir que más necesitaba; y por cierto que fuí testigo presencial de la primera compra, que fué un par de botas, un sombrero y una capa muy elegante de casa del sastre inglés Jhonson; porque pretendía, al hacer esta adquisición prematura, que envolviéndose en ella (y lo decía haciéndolo con el manejo más rumboso) daba espera al relevo de las otras prendas, obsoletas de sobra, y se presentaba desde luego como cumplía á su esplendor y novísima opulencia. Y por cierto que en aquellas sus felices noches, creyéndose, por el desuso de llevar dinero en los bolsillos, cuando menos un Roschilde, y obligado por el recuerdo de obsequios recibidos y nunca devueltos por desgracia suya, á todos nos quería convidar á los teatros y á nadie permitía que pagase ni en el café ni en la confitería, que á menudo visitábamos. Breve fué, pues, la duración de aquel que el anfitrión consideraba inacabable tesoro; y cuando ya estaba para extinguirse, vino un triste acontecimiento á traer á la imaginación del Crespo de pocos días lo deleznable y fútil de las humanas grandezas. Doña Carmen se apoderó una noche de la capa. A la otra mañana, yendo yo á ver á Ventura, temprano como solía, le hallé en la cama; y al verme se incorporó y sentó, y con acento desesperado me anunció que no podía salir conmigo ni abandonar la ropa del lecho, porque era la única que le había dejado su implacable tía. Yo le mandé alguna de mi uso, y en aquel día se le presentó la culpable, con faz entre vergonzosa y radiante, que anunciaba ganancias y tarde más bonancible. Era aquella señora tan aficionada al juego como amante de su sobrino. Nueva madre para él, le amaba con idolatría y había contribuído á la educación de su Ventura sin ventura, como le decía, pagando los últimos trimestres de su pensión en el colegio de San Mateo, con atraso y dificultades que realizaban el mérito de la acción, y manteniéndole y vistiéndole después bastante tiempo, sin tener más gustos que compartir con él su pobre viudedad, y acaso en obsequio suyo yendo á sufrir las veleidades de la sota de oros. Mi vieja intimidación con Vega me

permite revelar estos secretos de familia, y creo sea grato á su sombra querida que pague aquí un tributo de gratitud á la mujer excelente que en días bien tristes de universal desamparo para él le dió un asilo en su casa y otro más dulce en su corazón y cariño.

Desde esa época puede decirse que empieza la viril existencia de Vega. Hasta entonces no se había hecho cargo de que le era necesario buscarse los medios de vivir en el mundo positivo, ni se había ocupado en nada serio. Sus primeras composiciones valían muy poco, en general, y él así debió creerlo, cuando tanto cuidado ha tenido de hacerlas desaparecer. Recuerdo sin embargo algunas regulares, y que en todas había siempre algo de bueno, y trascendía en ellas el gusto excelente, que en él era como innato. Me acuerdo de un romance que compuso á los quince años, que empezaba:

Ya dora el sol naciente  
Mi rústica cabaña,  
Y á convidarme torna  
Del bosque á la enramada.  
Son mi único embeleso  
El río y la montaña,  
Y mis delicias todas  
El colorín y el aura.

También compuso en aquella edad tan tierna unas décimas en elogio del comportamiento de la milicia nacional de Madrid el 7 de junio de 1822, y varias coplillas y versos de arte menor, medio improvisados en fiestas y convites á que con grande empeño le invitaban; porque niño y todo, era la gala y regocijo de las reuniones á que concurría. Otras veces recitaba en el cumpleaños de una señorita:

Dulce primavera, ven  
Y de Dolores preciosa  
Con tu guirnalda de rosa  
Adorna la bella sien.  
Contigo venga también  
La divina Citera;  
Que aunque su hermosura sea  
La madre de los amores,  
Junto á la bella Dolores  
La madre de amor es fea.

Y estrechado otra vez á repetir otro brindis, exclamaba:

Con dolores nace el hombre:  
Con dolores muere luego:  
Nadie quiere los dolores,  
Y yo por Dolores muero.

Otras veces se vengaba de los que le fastidiaban; como cuando sentado al lado del consejero romano, que al eco de los versos de nuestro poeta roncaba inarmónicamente, repetía con trágica y burlesca entonación aquellos versos de los Horacios de Corneille:

«Je rends grace au ciel de n'être pas romain  
Pour conserver encore quelque chose d'humain.»

Y renegaba de los melindres de impertinente dama, á quien sin querer había pisado, diciéndola, ya colérico por sus recriminaciones:

No te cause admiración,  
Señora, si te pisé:  
¿Quién no ha de pisar un pie  
Que ocupa todo el salón?

Poco tiempo más adelante, al día siguiente de haber asistido á mi lado á una representación del *Orestes* de Alfieri, traducido por Solís, me leyó este soneto que nunca se me ha olvidado:

El Parnaso tembló: Febo indignado  
Despedazó su cítara de oro,  
Y en abundante y encendido lloro  
Melpomene bañó su rostro airado.

Carnero, de berros coronado,  
Conduce al ara el furibundo coro;  
Comella, oyendo el cántico sonoro,  
Desde el limbo sonríe alborozado.

Intonso y fiero, con osada planta,  
Ante el mármoleo altar Solís parece  
Y la segur de Góngora levanta.

Triste Racine al verla se estremece;  
Baja Alfieri desnuda la garganta,  
Y al sacrificio bárbaro la ofrece.

Y por cierto que no merecía el autor de *Camila* tan implacable condenación, aunque no se afeitase sino una vez al mes.

¡Ojalá que otras tragedias puestas en verso castellano valieran tanto como esa traducción del antiguo consejero del gran Máiquez y consueta de teatro del Príncipe! Su lenguaje castizo y clásico puede hacer que se le perdona un tanto de pedantería y alguna que otra transposición violenta por la exageración de latinismo que hace alguna vez pesado y obscuro su estilo; pero éste siempre es varonil y majestuoso, como el coturno exige, y algunas veces se remonta hasta ser terriblemente trágico y sublime. — Son también dignas de recuerdo, entre las demás composiciones de los primeros tiempos de Vega, tres odas sagradas y una imitación de San Juan de la Cruz, que omito repetir por ser bastante conocidas: el epitalamio á la marquesa de Quintana, hoy condesa de Oñate, tipo entonces de bellísimas mujeres; y la oda á Lista, que fué contestada por este inolvidable director nuestro, la cual conservo escrita de su puño, y en la que se ve la idea que tenía el gran maestro de la altura poética á que había de subir su discípulo, cuando en una de las estrofas dice, encomiando los precoces frutos del imberbe autor:

Así en la cuna el animoso Alcides  
Las bravas sierpes domeñó, probando  
Aquellas fuerzas que sentir debían  
Lerna y Tifeo.

También es de por entonces este soneto en que declaró su amor á Laura, cuando la halló en el jardín de Hortaleza, escribiendo su nombre en la corteza de un árbol.

«Ese tronco que mayo adorna y viste,  
Donde grabas tu nombre idolatrado,  
Laura, verásle pronto deshojado,  
Que á la furia del tiempo no resiste.

Vendrá el noviembre con sus lluvias triste,  
Vendrá el enero con su escarcha helado,  
O el huracán á desgajarle airado,  
Arrebatando el nombre que esculpiste.

Templo más digno que tu nombre lleve  
Donde no le destrocen vendavales,  
Ni el invierno le cubra con su nieve,

Un corazón será que te ame ciego.»  
Dijo Amor, y con rasgos eternas  
Grabóle aquí con su buril de fuego.

Pero la más importante de las poesías sueltas de la primera época de Vega fué un canto épico, que compuso á la pacificación de Cataluña por el rey Fernando VII en 1828. He aquí algunas de sus hermosas octavas, las primeras que ocurren á mi memoria:

Miro al divino Régulo marchando,  
Entre el clamor de la llorosa plebe,  
Donde el fiero sayón le está aguardando  
Y perecer entre tormentos debe.  
A Anibal miro con su hueste hollando  
De las alpinas cumbres la honda nieve,  
Y á un ejército entero haciendo frente  
A Cocles miro en el cortado puente.

Vagaba así mi ardiente fantasía;  
Y entre el bullir de las inquietas olas  
Manzanares su frente descubría,  
Coronada de juncos y amapolas:  
En la siniestra mano suspendía  
El blasón de las armas españolas:  
Así suena su voz, y humilde para  
Su blando ruido la corriente clara:

«¿Por qué de Roma tu ofuscada mente  
Hazañas busca en la remota historia?  
¿Para asombrar á la futura gente  
No basta acaso la española gloria?  
Cuando virtud y honor tu lira intente  
Eternizar del mundo en la memoria,  
Los campos corre de la madre España,  
Y cada monte te dirá una hazaña.»

En el período que podemos llamar la segunda época de su vida literaria, sintió Vega, como íbamos diciendo antes, que en este mundo no se vive sólo con los

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Fondo. 1625 MONTERREY, MEXICO

sueños de oro de la fama venidera y que en nuestros días de fierro, ó más bien de dinero, hay que aplicarse á alguna cosa de material provecho. Formada ya y completa su muy segura razón, sin fortuna heredada, sin carrera oficial, ni protección de arriba, ni impulso de abajo, conoció nuestro amigo que la poesía lírica (en que tanto sobresalía en todos géneros) era, si bien mina fecunda para su gloria, pobrísima veta para sus necesidades presentes. ¡Cómo había de ocultársele lo que todos sabemos de lo poco que producen en nuestra España las obras de imaginación é ingenio, casi tan poco recompensadas en nuestros días como en aquellos en que decía Lope:

Con ser tan grande, qué allegar al labio  
No tuvo el Fénix portugués Camoes;  
¡Y envuelven su cadáver en aloes,  
Después de muerto, para más agravio!

De aquí su dedicación por largo tiempo á dar al teatro por *brevisima cuota* (y es frase suya) traducciones de comedias francesas, única ocupación literaria provechosa entonces en la patria de Garcilaso y de Cervantes. Era Vega cuando joven indolentemente perezoso, por naturaleza americana y superioridad de entendimiento. Los americanos, y muchos que no lo son, no comprenden que puedan hacerse grandes esfuerzos del ánimo, como del cuerpo, sin largos y saludables descansos. No escribía, pues, sino lo absolutamente indispensable para ganar de comer; costábale por otra parte mucho lo que componía, porque lo hacía siempre con perfección suma: así es que le producía proporcionalmente muy poco, y era él además muy sobrio y sus necesidades muy cortas. De ahí que el cargo que le hacían muchos (y nuestro excelente y erudito compañero Ferrer del Río entre ellos) de que no escribía y daba á luz más que producciones ajenas, aunque bien merecido y con benigna intención encaminado, no dejaba de tener defensa por parte del que no contaba para mantenerse sino con el fruto del que bien podía llamarse su material trabajo. Vega, sin embargo, mezclaba con sus traducciones y plagiados asuntos de teatro alguna que otra notable aunque tardía muestra de que era muy capaz de la invención dramática, y ya en 1824, cuando sólo tenía diez y ocho años de edad, escribió la comedia original en un acto *Virtud y reconocimiento*, que se ejecutó en Madrid el día 14 de octubre de aquel año, memorable en nuestros fastos dramáticos por haberse representado también en él la comedia de Bretón de los Herreros *A la vejez viruelas*. ¡Coincidencia notable para los amantes del arte: en una misma noche se estrenaron en la escena española el moderno Lope y el Moratín de nuestros días!

Las traducciones y arreglos de comedias, dramas de diversos géneros, y hasta vodevilles franceses convertidos en zarzuelas, de nuestro autor, pasan de ochenta. Todos los conocemos, todos los hemos aplaudido, y cuando no aplaudido, tenemos que confesar que nos han hecho llorar ó reir contra nuestra voluntad y nos han entretenido agradablemente muchas de las largas noches de nuestros inviernos. El gran talento de actor que Vega tenía le revelaba los efectos teatrales que había de producir una representación cómica ó trágica, y su ingenio á lo Moreto le hacía sacar partido de pensamientos ajenos, haciéndoselos propios y mejorándolos siempre; porque nuestro gran literato daba á la forma un culto ciego. Varias veces le he oído que no le gustaba una prenda literaria, por nuevo y elegante que fuera el corte, como no fuera muy perfecto el cosido. Mas, aun cosiendo él tan primorosamente, no ha dejado de escribir bastantes obras que pueden llamarse originales y de indisputable mérito; y tres sobre todo le han levantado hasta el puesto eminente

que con razón ocupa en el cielo de Alarcón y de Rojas. Ya comprenderéis que hablo de su preciosa comedia *El hombre de mundo*, que compuso el año de 1845, tan bella y más si cabe, por estar escrita en verso, que *El sí de las niñas*; del drama histórico *D. Fernando el de Antequera*, y de la tragedia *La muerte de César*. No se borrarán nunca de mi memoria las *lecturas de estreno* que tuve el gusto de oír de las dos producciones últimas. La del drama se hizo en mi casa el 13 de diciembre de 1844. Era yo entonces director general de Caballería. Me habían hecho el honor de comer á mi mesa los coroneles de los regimientos de la guarnición de Madrid y los insignes literatos duque de Frías, D. Juan Nicasio Gallego, Bretón, Segovia, el marqués de Molíns, Gil y Zárate, y el mismo Vega. La lectura debía ser después de la comida: estaban invitadas muchas personas de ambos sexos. Ocupaba el protagonista el velador presidencial: desplegado tenía el manuscrito; pero no venían á oírle algunos que se hallaban hacía una hora de sobremesa, y todos esperaban ansiosos que aquél empezara: se les mandó á los reacios recado sobre recado, y por fin vino Bretón diciéndonos que el duque de Frías, antiguo coronel de Pavía, había confraternizado de tal modo con los otros coroneles que, entusiasmado con la relación de antiguos hechos de cargas y rebatos de los tiempos de la guerra de la Independencia y de D. Juan de Cereceda, y atacado de un acceso de amor á la primitiva profesión, no se podía hacer carrera de él. Fuímos varios á buscarle, y poco menos que á la fuerza le llevamos á escuchar el interesante drama con que nos entusiasmó á todos la entonces magnífica y todavía potente declamación de Vega. Hoy faltan de entre nosotros, además del laureado aquella noche, el duque de Frías, D. Juan Nicasio Gallego y Gil de Zárate: ¡Dios haya recibido en su seno á los cuatro esclarecidos poetas! — La lectura de la tragedia se hizo la Navidad del año de 1862 en casa del marqués de Molíns, mi querido condiscípulo, que tenía por costumbre reunirnos á sus amigos en aquella noche de cristianos recuerdos, para darnos generosamente el pasto sabroso al entendimiento de dulcísimos versos, el provechoso al alma de una breve y devota misa de gallo, y el reparador para el cuerpo de una suculenta Parascève. Era en aquella ocasión numeroso y selecto el auditorio reunido. Entre algunas damas hermosas y discretas, que verdaderamente señoreaba la ilustre huésped que nos recibía, brillaban muchos de los hombres más notables de España por aquel tiempo, como el duque de Rivas, Bretón, Hartzzenbusch, Galiano, Pacheco, Nocedal, Rubí, Tamayo, Ros de Olano, Ochoa, el conde de Guendulain, Segovia, Ferrer del Río, Barbieri, Apecechea, Fernández Guerra, Cueto, Cañete, Monláu, Cutanda, Campoamor, García Gutiérrez, Catalina, Lope de Ayala, González Bravo, Valera y otros cuyos nombres, aunque no menos célebres, no me ocurren ahora á la memoria. Encantados nos tuvo por espacio de tres horas el actor y autor á un tiempo. A pesar del decaimiento á que ya habían venido sus gastadas fuerzas, el arte con que daba inflexiones variadas á su voz, imitando el peculiar acento que á cada uno de los héroes correspondía, era tan propio, tan adecuado, que no parece sino que revivían delante de nosotros tales como debió verlos entre sus pórticos y triunfales arcos el Foro augusto de la Reina del mundo. A cada escena, á cada acto, nuestra admiración iba creciendo; y al terminarse la tragedia, entre la conmoción y aplausos de la concurrencia, vimos levantarse trabajosamente á un anciano postrado ya por la enfermedad aún más que por los años, el cual recibiendo en sus abiertos brazos al que en aquel instante rejuvenecían el entusiasmo y la gloria, con voz trémula exclamaba entre lágrimas que arrancaban las nuestras: *¡Eso es romano, Ventura: eso es grande!* Era la última vez que á nuestras solemnidades concurría el autor de *D. Alvaro*, y parece como que en ese abrazo le decía al